

PQ 2163

.C3

56



ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

BIBLIOTECA DE LITERATURA

30808

APOGEO Y DECADENCIA

DE

CÉSAR BIROTTEAU

Á Don Alfonso de Lamartine.

Su admirador,

de Balzac.

I

CÉSAR EN SU APOGEO

Durante las noches de invierno, el movimiento sólo cesa un instante en la calle de San Honorato: los hortelanos, al ir al mercado, continúan el ruido que hacen los coches á la salida de los bailes ó de los teatros. En medio de este silencio, que tiene lugar á eso de la una de la madrugada, la señora de don César Birotteau, perfumista establecido en la plaza de Vendôme, despertó con una horrible pesadilla producida por un sueño no menos horrible. La perfumista se había visto, había comparecido ante su propia presencia vestida con andrajos y abriendo con su mano seca y arrugada la puerta de su propia tienda, donde se hallaba ella también sentada en una butaca cerca del mostrador, pidiéndose limosna y oyendo que hablaba á la vez en la puerta y

dentro de la tienda. Al despertar, la mujer quiso abrazarse á su marido, y llevó la mano al lugar que éste debía ocupar, pero que no ocupaba, haciendo así que su miedo fuese tan intenso, que su cuello quedó petrificado, las paredes de su garganta se pegaron, le faltó la voz y quedó clavada en su sitio con los ojos dilatados y fijos, los cabellos erizados, los oídos llenos de extraños rumores, el corazón contraído, pero palpitante, y sudorosa y helada á la vez en medio de una alcoba cuyas dos medias puertas estaban abiertas.

El miedo es un sentimiento medio morbífico que conmueve tan violentamente la máquina humana, que las facultades adquieren de pronto el más alto grado de poder ó el último de desorganización. Durante mucho tiempo, la fisiología ha permanecido asombrada ante este fenómeno que destruye sus sistemas y derriba sus conjeturas, á pesar de ser sencillamente una fulminación operada en el interior, pero extraña y caprichosa en sus formas, como todos los accidentes eléctricos. Esta explicación pasará á ser vulgar el día en que los sabios hayan reconocido el importante papel que desempeña la electricidad en el pensamiento humano.

La señora Birotteau experimentó entonces algunos de esos sufrimientos, luminosos en cierto modo, que procuran esas terribles descargas de la voluntad, extendida ó concentrada mediante un mecanismo desconocido. Durante un espacio de tiempo muy corto, apreciándolo con los relojes, pero incommensurable determinándolo por sus rápidas impresiones, aquella pobre mujer tuvo el monstruoso poder de emitir en un momento más ideas y hacer surgir más recuerdos de los que hubiera concebido durante todo un día en el estado ordinario de sus facultades. La punzante historia de aquel monólogo puede resumirse con algunas palabras absurdas, contradictorias y desprovistas de sentido como lo fueron.

—No hay razón alguna para que Birotteau haya salido de la cama. Comió tanta ternera, que tal vez se halla indispuerto. Pero si estuviese enfermo, me hubiera despertado. En diez y nueve años que vivimos juntos en este cuarto y

en esta misma casa, el pobre nunca ha abandonado su sitio sin decírmelo, y nunca ha dormido fuera de casa, á no ser para pasar la noche en el cuerpo de guardia. ¿Se acostó esta noche conmigo? ¡Dios mío! ¡qué estúpida soy! Sí.

Y esto diciendo, fijó los ojos en la cama y vió el gorro de dormir de su marido, que conservaba aún la forma casi cónica de la cabeza.

—¿Habrá muerto? ¿Se habrá matado? Pero ¿por qué? Desde que le nombraron teniente alcalde, hace dos años, está *todo él no sé cómo*. La verdad es que desde que desempeña funciones públicas causa lástima. Sin embargo, sus negocios van bien y me ha regalado un chal. ¿Irán mal acaso? ¡Bah! ya lo sabría yo. Pero ¿se sabe acaso nunca lo que un hombre y una mujer tienen en el saco? Pero ¿no hemos vendido hoy por valor de cinco mil francos? Además, un teniente alcalde no puede matarse, porque conoce demasiado bien las leyes. Pero ¿dónde diablos está?

Mientras decía esto, la pobre mujer no podía mover el cuello ni avanzar la mano para tirar del cordón de una campanilla que hubiera puesto en movimiento á una cocinera, tres dependientes y un mozo de almacén. Presa de la pesadilla, que continuaba sus efectos aun después de despierta ella, olvidaba á su hija apaciblemente dormida en un cuarto contiguo al suyo, cuya puerta estaba al pie de su cama. Por fin gritó: «¡Birotteau!», sin recibir ninguna respuesta; mejor dicho, creía haber gritado, cuando en realidad no había hecho más que pronunciarlo mentalmente.

—¿Tendrá alguna querida? ¡Ca! para ello es demasiado tonto y, además, me quiere con exceso. ¿No le dijo un día á la señora Roguin que nunca me había sido infiel, ni aun con el pensamiento? ¡Pobre hombre! es la probidad en persona. Si alguien merece el cielo, es él. ¿De qué podrá acusarse ante el confesor? Para ser realista como lo es, sin saber por qué, no realza mucho su religión. ¡Pobrecillo! á las ocho de la mañana se va callandito á misa como si cometiese un pecado, teme á Dios por Dios mismo, y el infierno no se hizo para él. ¿Cómo había de tener una querida, si sale tan poco de mi lado que casi me aburre? Me quiere

más que á las niñas de sus ojos y se dejaría matar por mí. En diez y nueve años no ha proferido nunca una palabra más alta que otra hablando de mi persona. Su hija es siempre después que yo. Pero si Cesarina está ahí. (¡Cesarina! ¡Cesarina! ¡Cesarina!) Birotteau nunca ha tenido un pensamiento que no me lo haya comunicado. ¡Cuánta razón tenía cuando me cortejaba en *El Marinero*, al decirme que sólo tratándole le conocería! No se presenta nadie. ¡Qué cosa más rara!

Esto diciendo, volvió penosamente la cabeza y miró furivamente á través de su cuarto, lleno á la sazón de esos pintorescos efectos de luz que no pueden describirse y que parecen pertenecer exclusivamente al pincel de ciertos pintores. ¿Cómo describir los espantosos ziszás que producen las sombras horizontales, las apariencias fantásticas de las cortinas bombeadas por el viento, los juegos de luz incierta que proyecta la lamparilla sobre los pliegues del calicó rojo, las llamas que vomita un alzapañó, cuyo rutilante centro parece el ojo de un ladrón, y, finalmente, todas las extravagancias que asustan á la imaginación en el momento en que sólo tiene poder para percibir dolores ó para agrandarlos? La señora Birotteau creyó ver mucha luz en la pieza que precedía á su cuarto, y pensó de pronto que había fuego; pero al percibir un pañuelo colorado, que le pareció ser un charco de sangre, la idea de los ladrones acudió á su mente, sobre todo cuando creyó ver huellas de lucha en la manera cómo estaban colocados los muebles. Al recordar la suma que había en caja, un temor generoso extinguió los fríos ardores de la pesadilla; saltó de la cama y se puso en camisa en medio del cuarto para socorrer á su marido, á quien suponía luchando con los asesinos.

—¡Birotteau! ¡Birotteau!—gritó por fin con angustiosa voz saliendo del cuarto.

Al llegar á la pieza contigua, encontró á su marido midiendo el aire con una vara en la mano, pero tan mal envuelto en su bata de indiana verde y tan preocupado, que el frío le amorataba las piernas sin que se diese cuenta. Cuando César se volvió para decirle á su mujer: «¿Qué

quieres, Constanza?», su aire, al igual que el de los hombres ocupados en cálculos, era tan necio, que la señora Birotteau se echó á reír.

—¡Dios mío! ¡César! ¡qué ideas más originales las tuyas! ¿Por qué me dejas sola sin advertírmelo? He estado á punto de morir de miedo y no sabía qué imaginarme. ¿Qué haces ahí desnudo de ese modo? Te vas á constipar. ¿Me oyes, Birotteau?

—Sí, mujer, aquí me tienes—respondió el perfumista entrando en el cuarto.

—Vamos, ven á calentarte y dime lo que tienes—repuso la señora Birotteau removiendo las cenizas del fuego para atizarlo.—Estoy helada. ¡Qué tonta he sido en levantarme en camisa! pero la verdad es que creí que te asesinaban.

El perfumista colocó la palmatoria sobre la chimenea, se envolvió en su bata, y maquinalmente fué á buscar á su mujer una falda.

—Toma, Mimi, tápate—le dijo.—Veintidós por diez y ocho—añadió continuando su monólogo.—Podemos tener un magnífico salón.

—Pero, ¿te has vuelto loco, Birotteau? ¿estás soñando?

—No, mujer, no, lo que hago es calcular.

—Para hacer tonterías, deberías al menos esperar el día—exclamó el perfumista poniéndose la falda para ir á abrir la puerta del cuarto en que dormía su hija.—Cesarina duerme, y no nos oirá. Vamos á ver, Birotteau, habla, ¿qué te pasa?

—Que podemos dar el baile.

—¡Dar un baile nosotros! Amigo mío, estás soñando.

—No sueño, corcita mía, no sueño. Escucha: Siempre es preciso hacer lo que se debe, según la posición que uno tiene. El gobierno me ha puesto en evidencia, yo pertenezco al gobierno, y estoy obligado á estudiar el espíritu que le anima, y á favorecer sus intenciones desarrollándolas. El duque de Richelieu acaba de hacer cesar la ocupación de Francia y, según el señor de La Billardiere, los funcionarios que representan á la villa de París tienen el deber de celebrar la libertad del territorio cada uno en la esfera de sus

influencias. Demostremos un verdadero patriotismo que hará enrojecer de vergüenza á esos titulados liberales, á esos condenados intrigantes. ¿Crees tú que no quiero yo á mi país? Yo deseo demostrar á los liberales, á mis enemigos, que amo al rey, lo cual es amar á Francia.

—¿De modo que crees tú tener enemigos, mi pobre Birotteau?

—¡Ya lo creo, mujer, que tenemos enemigos! La mitad de nuestros amigos del barrio son enemigos nuestros. Todos dicen: «Birotteau tiene suerte, no es nadie, y sin embargo todo le sale bien. ¡Hasta le han hecho teniente alcalde!» Pero déjales, que bien van á rabiarse. Sabe tú, primero que nadie, que soy caballero de la Legión de honor. El rey firmó ayer la real orden.

—¡Oh! entonces hay que dar el baile, amigo mío—dijo la señora Birotteau conmovida.—Pero ¿qué has hecho tú para obtener esa cruz?

—Cuando el señor de La Billardiere me dió ayer esta noticia, yo me hice la misma pregunta que tú me haces—dijo Birotteau con embarazo;—pero, reflexionándolo bien, acabé por reconocer mis méritos y aprobé al gobierno. En primer lugar, soy realista, y fui herido en San Roque en Vendimiario. ¿No supone algo el haber tomado las armas por la buena causa en aquel tiempo? Además, según algunos negociantes, yo desempeñé mis funciones consulares con satisfacción general. Finalmente, soy teniente alcalde, y el rey concede cuatro cruces al cuerpo municipal de la villa de París. Hecho examen de las personas que podían ser condecoradas, el prefecto me puso el primero en la lista, sin contar con que el rey debe conocerme. Gracias al viejo Ragón, yo le proveía de los únicos polvos que él quiso usar. Nosotros somos los únicos que poseemos la receta de la difunta reina, aquella pobre y augusta víctima. El alcalde me ha apoyado calurosamente. ¿Qué quieres? Si el rey me da la cruz sin que yo se la pida, me parece que yo no puedo rehusarla sin faltarle á todas las consideraciones que le debo. ¿Acaso he querido yo ser teniente alcalde? Puesto que vamos viento en popa, como dice tu tío Pille-

rault cuando está contento, estoy decidido á que en nuestra casa armonice todo con nuestra gran fortuna. Si puedo ser algo, me arriesgaré á ser lo que el buen Dios quiere que yo sea; tal vez subprefecto, si tal es mi destino. Tú, mujer, estás en un gran error creyendo que un ciudadano paga su deuda al país proveyendo de perfumería durante veinte años á los que lo han deseado. Si el Estado reclama el concurso de nuestras facultades, nosotros se las debemos, como le debemos el impuesto mobiliario, las puertas y ventanas, etcétera. ¿Deseas acaso permanecer siempre tras el mostrador? A Dios gracias, bastante tiempo hace que permanecemos en él. El baile será nuestra fiesta; adiós el por menor, al menos para ti. Quemo nuestro letrero de LA REINA DE LAS ROSAS, borro de nuestra puerta el CÉSAR BIROTTEAU, COMERCIANTE PERFUMISTA, SUCESOR DE RAGON, y pongo con letras grandes y doradas el sencillo nombre de PERFUMERÍA. En el entresuelo pondré la oficina, la caja y un bonito gabinete para ti. De la trastienda, del comedor y de la cocina haré un almacén. Alquilo el primer piso de la casa vecina, abro una puerta en la pared y pongo mi escalera, á fin de poder pasar de una casa á otra. Después, lo amueblaremos todo de nuevo, renovaré tu cuarto, te prepararé un bonito gabinete y habilitaremos un cuartito para Cesarina. La señorita que tomarás para el mostrador, nuestro primer dependiente y tu camarera (porque tendrás una camarera), se albergarán en el segundo piso. En el tercero estará la cocina, la cocinera y el mozo. El cuarto será nuestro almacén general de botellas, cristales y porcelanas. El taller de nuestros obreros estará en el granero. Los transeúntes no verán ya pegar las etiquetas, escoger los frascos y taparlos. Eso es bueno para la calle de San Dionisio, pero en la calle de San Honorato está feo. Nuestro almacén debe estar siempre limpio como un salón. Dime, ¿acaso somos nosotros los únicos perfumistas que disfrutaban de toda clase de honores? ¿No hay vinateros y almacenistas de mostaza que mandan la guardia nacional y que son muy bien vistos en palacio? Imitémosles, extendamos nuestro comercio y, al mismo tiempo, rocémonos con la elevada sociedad.

—Mira, Birotteau, ¿sabes lo que pienso escuchándote? Me haces el efecto de un hombre que busca cinco pies al gato. Acuérdate de lo que te aconsejé cuando se trató de nombrarte alcalde; ¡tu tranquilidad ante todo! Ya te dije que lo mismo sirves tú para figurar que mi brazo para aspa de molino. Te advertí que las grandezas serían tu pérdida, no me has escuchado, y ya llegó nuestra pérdida. Para desempeñar un papel político se necesita dinero. ¿Acaso lo tenemos nosotros? ¡Cómo! ¿quieres quemar el letrero, que costó seiscientos francos, y renunciar á LA REINA DE LAS ROSAS, á tu verdadera gloria? Deja que los demás ambicionen. El que ama el peligro, perece en él, y la política es peligrosa. Tenemos hoy cien mil francos colocados, fuera de nuestro comercio, de nuestra fábrica y de nuestras mercancías. Si quieres aumentar la fortuna, obra hoy como en 1793; el papel está á 72, compra papel. De este modo tendrás diez mil francos de renta, sin que el desembolso perjudique á nuestros negocios. Aprovecha esta circunstancia para casar á nuestra hija, vende las existencias y vayámonos á tu país. ¡Cómo! después de haber hablado, durante quince años, de comprar *las Tesoreras*, aquellas bonitas praderas abundantes en agua y en leña, y aquellas dos quintas que dan mil escudos al año, ¿quieres hoy meterte en política? Acuérdate de que somos perfumistas. Hace diez y seis años, antes de que tú hubieses inventado la DOBLE PASTA DE LAS SULTANAS y el AGUA CARMINATIVA, si te hubiesen dicho que te iban á dar el dinero necesario para comprar *las Tesoreras*, te hubieras muerto de alegría; y ahora que puedes adquirir esa propiedad que tanto has deseado, hablas de gastar en tonterías un dinero ganado con el sudor de nuestra frente, y digo nuestra frente, porque yo he permanecido sentada tras ese mostrador como una perraza en la perrera. ¿No es preferible tener un palmo de tierra, casar á nuestra hija con un notario y vivir ocho meses del año en Chinón, que exponerse aquí á sufrir un fracaso? Espera el alza del papel, dale ocho mil francos de renta á tu hija, conservemos para nosotros los dos mil restantes, y con el producto de nuestras existencias podremos comprar *las Tesoreras*. Allí,

en nuestro país, gatto á lo, llevándonos nuestro mobiliario, que no deja de valer dinero, estaremos como príncipes, mientras que aquí se necesita por lo menos un millón para poder figurar.

—Buena mujer, aquí es donde te esperaba—dijo César Birotteau.—Aunque tú me creas muy tonto, no lo soy tanto para no pensar en todo eso. Escúchame bien: Alejandro Crottat nos viene para verme como anillo al dedo, una vez que haya adquirido el estudio de Roguín. Pero ¿crees tú que se contentará con cien mil francos de dote, suponiendo, como supongo y deseo, que diésemos á nuestra hija todo nuestro haber líquido? ¡Oh! sí, preferiría comer pan seco el resto de mis días, que ver á mi hija desgraciada. Como tú dices, quisiera hacerla reina de su casa enlazándola con un notario de París. Pero mira, cien mil francos, ó sea ocho mil francos de renta, no son nada para comprar el estudio de Roguín. Ese Alejandrito, como nosotros le llamamos, nos cree mucho más ricos de lo que somos. Si su padre, ese cortijero que es avaro como un limazo, no vende tierras por valor de cien mil francos, Alejandrito no será notario, pues el estudio de Roguín vale cuatrocientos ó quinientos mil francos. Si Crottat no da la mitad al contado, ¿cómo se arreglará para adquirirlo? Cesarina debe tener doscientos mil francos de dote, y yo quiero que nos retiremos de París con quince mil francos de renta. Vamos, si yo te hiciese ver esto claro como el día, ¿no cerrarías la boca?

—¡Ah! si has encontrado una mina...

—Sí, corcita mía, la he encontrado—dijo Birotteau tomando á su mujer por el talle y denotando en sus facciones extraordinaria alegría.—No he querido hablarte de este asunto antes de que estuviese madurado. Pero mañana tal vez esté terminado. Se trata de lo siguiente: Roguín me ha propuesto un negocio tan seguro, que él piensa explotarlo en unión de Ragón, de tu tío Pillerault y de dos clientes suyos. Vamos á comprar en los alrededores de la Magdalena unos terrenos que, según los cálculos de Roguín, valdrán cuatro veces más dentro de tres años, época en que los arriendos habrán expirado y nosotros quedaremos due-

ños de explotarlos. En esta sociedad entramos los seis por partes iguales. Yo aporto trescientos mil francos, á fin de llevar los tres octavos del negocio. Si alguno de nosotros necesita dinero, Roguín se lo buscará hipotecando su parte. Para tener la sartén por el mango y saber cómo marchará el asunto, yo he querido ser propietario de la mitad, que será común entre Pillerault, Ragón y yo. Roguín figurará en nombre de un tal Carlos Claparón, mi copropietario, que dará, como yo, una contra letra á sus asociados. Las actas de adquisición se hacen mediante promesas de venta con firma privada hasta tanto que seamos dueños de todos los terrenos. Roguín examinará cuáles son los contratos que deben ser realizados, pues no está seguro de que nosotros pudiésemos dispensarnos del registro cargando los derechos de transmisión á aquellos á quienes les vendamos al por menor. Pero, en fin, esto sería demasiado largo de explicar. Una vez pagados los terrenos, sólo tendremos que cruzarnos de brazos, y dentro de tres años poseeremos más de un millón. Cesarina tendrá veinte años, nuestras existencias estarán ya vendidas, y, con la gracia de Dios, nos encaramaremos modestamente á la región de las grandezas.

—Pero dime, ¿de dónde vas á sacar los trescientos mil francos?—le preguntó la señora Birotteau.

—Querida mía, tú no entiendes los negocios. Daré los cien mil francos que están en casa de Roguín, pediré á préstamo cuarenta mil francos, hipotecando las construcciones y los jardines en que están situadas nuestras fábricas, y como tenemos veinte mil francos en cartera, ya dispondremos de ciento sesenta mil. Respecto á los ciento cuarenta mil restantes, suscribiré efectos á la orden de don Carlos Claparón, banquero, y éste les dará valor sin descontarlos. Con esto quedan ya pagados los cien mil escudos, y cuando los efectos lleguen á su vencimiento, los iremos pagando con nuestras ganancias. Si no pudiésemos pagarlos, Roguín me procurará fondos al cinco por ciento sobre la parte que me corresponde de los terrenos. Pero no creo que tengamos que recurrir al préstamo. He descubierto una esencia para hacer brotar los cabellos, un *Aceite comágeno*. Livings-

ton me colocó abajo una prensa hidráulica para fabricar mi aceite con avellanas, las cuales soltaron todo el aceite con esta presión. Según mis cálculos, dentro de un año habré ganado por lo menos cien mil francos. Estoy meditando un anuncio que comenzará diciendo: *¡Abajo las pelucas!* y cuyo efecto será prodigioso. Tú no notas mis insomnios. Hace ya tres meses que me quita el sueño el éxito del *Aceite Macassar*, y yo quiero reventar á Macassar.

—¿De modo que eran esos los proyectos que meditabas hace dos meses sin decirme nada? ¡Que aviso del cielo! Acabo de verme mendigando en mi propia puerta. Dentro de poco sólo nos quedarán los ojos para llorar. Nunca harás tú eso, al menos mientras yo viva, ¿lo oyes, César? Hay en todo ello cierto misterio que tú no ves, porque eres demasiado honrado y demasiado leal para sospechar de los demás. ¿Por qué vienen á ofrecerte millones? Tú te despojas de cuanto posees, haces más de lo que puedes, y si tu *Aceite* no da resultado, si no se encuentra dinero, si no se realiza el valor de los terrenos, ¿con qué pagarás tus letras? ¿con las cáscaras de las avellanas? Para salirte de tu esfera no quieres emplear tu nombre, quieres quitar el letrero de LA REINA DE LAS ROSAS, y en cambio vas á hacer anuncios y prospectos que ostentarán el nombre de César Birotteau en todas las esquinas y en todos los lugares de anuncio.

—¡Oh! no sabes lo que te dices. Tendré una sucursal, con el nombre de Popinot, en alguna casa de la calle de los Lombardos, y pondré al frente de ella á Anselmo. De este modo pagaré mi deuda de agradecimiento á los señores Ragón, estableciendo á su sobrino, el cual podrá hacer fortuna. Hace algún tiempo que me parece que esos pobres Ragón andan mal.

—¡Oh! lo que quiere esa gente es tu dinero.

—¿Qué gente, hermosa mía? ¿Tu tío Pillerault, que nos quiere como si fuésemos sus hijos y que come con nosotros todos los domingos? ¿Ese anciano Ragón, nuestro predecesor que ha probado su honradez con cuarenta años de trabajo? ¿Ese Roguín, notario de París y hombre de cincuenta y siete años, que lleva veinticinco de notariado? Un notario

de París sería la flor de la honradez, si las gentes honradas no tuviesen todas igual valor. En caso de necesidad, mis asociados me ayudarían. ¿Dónde está el complot, corcita mía? Mira, ¿quieres que te diga con franqueza lo que pienso? Tú siempre has sido desconfiada como una gata. Tan pronto como hemos tenido diez céntimos nuestros, ya empezaste á creer que los parroquianos eran ladrones. ¡Diablo! hay que arrojarle á tus pies para suplicarte que dejes que te enriquezcan. Para ser hija de París, no eres nada ambiciosa. Á no ser por tus perpetuos temores, no habría habido hombre más feliz que yo. Si te hubiese dado oídos, nunca hubiera hecho la *Pasta de las Sultanas* ni el *Agua Carminativa*. Nuestra tienda nos ha dado para vivir, pero estos dos descubrimientos y nuestros jabones nos procuraron los ciento setenta mil francos que poseemos limpios de polvo y paja. Á no ser por mi genio, pues yo tengo talento como perfumista, seríamos unos miserables tenderos, nos veríamos apurados para pasarlo convenientemente y yo no sería uno de los negociantes notables que concurren á la elección de jueces para el tribunal del comercio, ni habría sido juez ni teniente alcalde. ¿Sabes lo que sería? un tendero como lo fué el padre Ragón, sea dicho sin ánimo de ofenderle. Después de haber vendido perfumería durante cuarenta años, poseeríamos, como él, tres mil francos de renta, y el precio á que están hoy las cosas, cuyo valor ha doblado, apenas tendríamos como ellos, lo suficiente para vivir. (De día en día, ese matrimonio me da más lástima: tendré que adivinar lo que les pasa, y espero saberlo mañana por Popinot). Si hubiese seguido tus consejos, tú, que nunca estás tranquila y que te preguntas si tendrás mañana lo que tienes hoy, yo no tendría crédito, ni la cruz de la Legión de honor, y no estaría en camino de ser un gran político. Sí, mueve la cabeza cuanto quieras; pero no dudes que si las cosas me salen bien, puedo llegar á ser diputado por París. ¡Ah! no en vano me llamo César. En todo salgo siempre airoso. ¡Es incomprendible! Fuera de casa todo el mundo me concede capacidad, y aquí la única persona á quien yo quisiera agradar y por cuya dicha sudaría sangre, es precisamente la que me tiene por tonto.

Estas frases, aunque intercaladas de elocuentes pausas y lanzadas como balas, como suelen hacer todos los que se colocan en actitud recriminatoria, expresaban una fidelidad tan profunda y tan sostenida, que la señora Birotteau se conmovió interiormente; pero, como todas las mujeres, se sirvió del amor que inspiraba para salir con la suya.

—Bueno, Birotteau, si me quieres, déjame ser feliz á mi gusto. Ni tú ni yo tenemos recibida buena educación ni sabemos hablar para frecuentar el gran mundo. ¿Cómo quieres, pues, desempeñar elevados cargos? Yo, por mi parte, seré más feliz en las *Tesoreras*. Siempre me han gustado los animales y los pájaros, y pasaré perfectamente la vida cuidando gallinas y ocupándome de mi cortijo. Vendamos nuestras existencias, casemos á Cesarina y deja tu *Imágenes*. Vendremos á pasar los inviernos á París en casa de nuestro yerno, y seremos felices sin necesidad de que el comercio ni la política nos obligue á cambiar de manera de ser. ¿Por qué querer aplastar á los demás? ¿Comerás dos veces cuando seas millonario? ¿Necesitas más mujer que yo? ¡Mira á mi tío Pillerault! Él ha sabido contentarse con su pequeño haber y emplea su vida en buenas obras. ¿Necesita él muebles hermosos? Estoy segura de que has encargado ya el mobiliario, porque vi en la tienda á Braschón y supongo que no habrá venido á comprar perfumes.

—Pues bien, sí, hermosa mía, he encargado ya los muebles, y mañana empezarán los trabajos dirigidos por un arquitecto que me ha sido recomendado por el señor de La Billardiere.

—¡Dios mío, tened piedad de nosotros!—exclamó la señora Birotteau.

—¡Qué sin razón eres, corza mía! Á los treinta y siete años, fresca y bonita como estás, ¿quieres ir á enterrarte á Chinón? Yo, á Dios gracias, no tengo más que treinta y nueve, y, puesto que la casualidad me abre una carrera, me aprovecho de ella. Obrando con prudencia, puedo fundar una casa honrosa en París, como se hacía antaño; puedo crear con mi fama la casa Birotteau, como hicieron los Keller, los Desmarests, los Roguín, los Cochín, los Guillaume,

los Lebas, los Nucingen, los Saillard, los Popinot, los Matifat. Pero mujer, si este negocio no fuese tan seguro como oro en barras...

—¡Seguro!

—Sí, seguro; hace ya dos meses que lo estoy calculando. Aunque no lo parezca, yo me informo del valor de las construcciones, consultando á los arquitectos y empresarios del ayuntamiento. El señor Grindot, el joven arquitecto que va á restaurar nuestra casa, siente en el alma no tener dinero para formar parte de nuestra sociedad.

—Es claro, como que él tendrá trabajo, os anima á vosotros á que emprendáis la especulación.

—¿Crees que puede engañarse á gente como Pillerault, Carlos Claparón y Roguín? Mira, la ganancia es tan segura como la de la *Pasta de las Sultanas*.

—Pero, amigo mío, ¿qué necesidad tiene Roguín de especular teniendo su notaría pagada y su fortuna hecha? Á veces le veo pasar más preocupado que un ministro de Estado, y su actitud cabizbaja no me gusta; me parece que oculta algo. Hace cinco años que se le ha puesto una cara de viejo calavera. ¿Quién te dice que no se escapará cuando tenga en su poder vuestro dinero? Eso se ha visto muchas veces. ¿Acaso le conocemos nosotros bien? Aunque hace quince años que es amigo nuestro, yo no pondría las manos en el fuego por él. Mira, es asqueroso, no vive con su mujer y debe tener queridas que le arruinarán. No veo que pueda ser otra la causa de su tristeza. Cuando yo me peino por las mañanas, miro á través de las persianas y le veo volver á pie á su casa. ¿Quién sabe de dónde sale? Me hace el efecto de un hombre que tiene hogar fuera de su casa y que gasta por ambas partes. ¿Es propia de un notario semejante vida? Si gana cincuenta mil francos y se come sesenta, en veinte años puede acabar su fortuna, y cómo que una vez que se ha acostumbrado uno á brillar, es difícil perder la costumbre, se estafa sin piedad á los amigos, fundándose en aquel principio que dice que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Es íntimo amigo de ese granuja de de Tillet, nuestro antiguo dependiente, y esa amistad me da

muy mala espina; porque, si no ha sabido juzgar á de Tillet, es muy tonto, y si le conoce, no sé por qué anda con él. Tú me dirás que su mujer ama á de Tillet; pero, créeme, eso mismo basta para que no espere uno nada bueno de un hombre que no tiene honor. Además, ¿son tan tontos los dueños actuales de esos terrenos para dar por cien céntimos lo que vale cien francos? Si tú encontrases á un niño que no supiese lo que vale un luis, ¿no le dirías su valor? Vuestro negocio me hace el efecto de un robo, sea dicho sin ánimo de ofenderte.

—¡Dios mío! ¡qué raras son á veces las mujeres y cómo embarullan todas las ideas! Si Roguín no figurase en este negocio, me dirías: «Mira, César, mira, cuando Roguín no se mete, es que no vale nada». Y ahora que figura él como una garantía, me dices...

—No, no es él, es un tal Claparón.

—¡Claro! pero eso es porque un notario no puede figurar en una especulación.

—Pues entonces, ¿por qué se mete en un negocio que le está prohibido por la ley? ¿Qué me respondes á esto, tú, que eres tan esclavo de las leyes?

—Déjame continuar. Metiéndose Roguín en este negocio ¿te atreverías á decirme que no vale nada? ¿es esto razonable? Luego me añades que hace una cosa contraria á la ley. Pero has de saber que, si fuera necesario figuraría, con su nombre. Luego añades que dudas de si es rico, á lo cual te contesto yo que lo mismo podrían decir de mí.

—Un comerciante no es lo mismo que un notario—dijo la señora Birotteau.

—En fin, mi conciencia está tranquila—dijo César continuando.—Las gentes que venden, lo hacen por necesidad, y nosotros no les robamos, como no se roba á aquellos á quienes se les compra papel á 75. Hoy adquirimos los terrenos al precio de hoy, y dentro de dos años será diferente, como ocurre con las rentas. Sepa usted, pues, Constanza-Bárbara-Josefina Pillerault, que nunca cogerá á César Birotteau haciendo una acción contraria á la más rígida prohibida, ni á la ley, ni á la ciencia, ni siquiera á la delicadeza.

¡Sospechar de la honradez de un hombre establecido hace diez y ocho años!

—Vamos, cálmate, César; la mujer que hace tanto tiempo que vive contigo conoce tu alma. Después de todo, tú eres el amo. Esa fortuna la has ganado tú, es tuya, puedes gastarla, y ten la seguridad de que ni tu hija ni yo te haríamos el menor reproche aunque nos dejaras reducidas á la miseria. Pero escucha: cuando inventaste la *Pasta de las Sultanas* y el *Agua carminativa*, ¿qué arriesgabas? cinco ó seis mil francos. Hoy pones toda tu fortuna á una carta, no eres solo en jugarla y tienes asociados que pueden ser más astutos que tú. Da el baile, restaura la casa, haz diez mil francos de gasto, eso no es ruinoso; pero respecto al negocio de la Magdalena, me opongo formalmente. Tú eres perfumista; sé, pues, perfumista y no revendedor de terrenos. Nosotras las mujeres tenemos un instinto que no nos engaña. Yo te he prevenido; obra á tu antojo. Tú has sido juez del tribunal de comercio, conoces las leyes, has sabido dirigir tu hogar, y yo, César, te seguiré. Pero sabe que temblaré constantemente mientras no vea nuestra fortuna asegurada y á Cesarina bien casada. Dios quiera que mi sueño no sea una profecía.

Esta sumisión contrarió á Birotteau, el cual empleó la inocente astucia de que echaba siempre mano en ocasiones semejantes.

—Escucha, Constanza, yo no he dado aún mi palabra, pero es como si la hubiese dado.

—Entonces, no hablemos más. El honor es antes que la fortuna. Vamos, acuéstate, querido mío, porque se ha acabado ya la leña. Por otra parte, si quieres continuar hablando, mejor estaremos en la cama. ¡Oh! ¡que sueño más feo! ¡Dios mío! ¡verse una á sí misma! ¡esto es espantoso! Cesarina y yo vamos á hacer novenas por el éxito de los terrenos.

—La ayuda de Dios es buena para todo—dijo gravemente Birotteau.—Pero mujer, no olvides que la esencia de la avellana es también un poder. Hice este descubrimiento por casualidad, como el de la *Doble pasta de las Sul-*

tanas. La primera vez abriendo un libro, y ahora mirando el grabado de Hero y Leandro. ¿Sabes aquella mujer que derrama aceite sobre la cabeza de su amante? Las especulaciones más seguras son las que se basan en la vanidad, en el amor propio, en el deseo de parecer. Estos sentimientos no mueren nunca.

—¡Ay de mí! bien lo veo.

—Á cierta edad, los hombres harían locuras por tener los cabellos que no tienen. Hace algún tiempo que los peluqueros me dicen que no sólo venden el *Macassar*, sino todas las drogas buenas para teñir los cabellos ó que tienen fama de hacerlos brotar. Desde que se firmó la paz, los hombres corren más tras de las mujeres, y á éstas no les gustan los calvos, ¿verdad, Mimi? Ya ves cómo se explica la petición de este artículo por la situación política. Una composición que mantuviese los cabellos en buen estado se vendería como el pan, y mi esencia se venderá tanto más, cuanto que sin duda será aprobada por la Academia de ciencias. Tal vez me ayude aún el buen señor Vauquelin; mañana iré á someterle mi idea enseñándole el grabado que encontré después de dos años de indagaciones en Alemania. En este momento se ocupa precisamente del análisis de los cabellos. Chiffreville, su socio de la fábrica de productos químicos, me lo ha dicho. Si mi descubrimiento está de acuerdo con los suyos, mi esencia será comprada por los dos sexos. Lo repito, mi idea es una fortuna. ¡Dios mío! ¡no puedo dormir! ¡Ah! afortunadamente, Popinot tiene una hermosa cabellera. Con una señorita que tenga los cabellos largos hasta los talones y que dijese, si es posible decirlo sin ofender á Dios, que se lo debe en parte al *Aceite Comágeno*, pues será decididamente un aceite, los calvos acudirán á comprarlo como las moscas á la miel. Dime, hermosa mía, ¿y el baile? Yo no soy malo; pero quisiera encontrar á ese pillastre de Tillet que se da tanto tono con su fortuna y que siempre evita mi encuentro en la Bolsa. Claro, como que sabe que conozco una acción suya que no tiene nada de laudable. Tal vez he sido demasiado bueno con él. Pero mira, mujer, es cosa rara que siempre ha de pagar uno aquí abajo las acciones

buenas que comete. Yo me porté con él como un padre, pues aun no sabes tú todo lo que yo hice por él.

—Nada más que mentándolo me pones carne de gallina. Si tú supieras lo que quería hacer de ti, no le habrías guardado el secreto acerca del robo de los tres mil francos, pues yo adiviné la manera cómo se llevó á cabo. Si le hubieses enviado á la cárcel, tal vez habrías hecho un gran favor á mucha gente.

—Pues ¿qué pretendía hacer de mí?

—Nada; si estuvieses en disposición de escucharme esta noche, te aconsejaría que no te ocupases de Tillet.

—Y ¿crees tú que no encontraría yo extraordinario el ver que excluía de mi casa á un dependiente á quien yo afiancé por la cantidad de veinte mil francos con que empecé los negocios? Vaya, mujer, hagamos el bien por el bien. Por otra parte, tal vez Tillet se haya enmendado.

—¡Habrá que revolverlo y trastornarlo todo aquí!

—¿Qué dices de revolver? Se arreglará todo sin sentirlo. ¿Has olvidado ya lo que acabo de decirte respecto á la escalera y á mi instalación en la casa vecina, que yo he arreglado con el tratante en paraguas Cayrón? Mañana tenemos que ir juntos á casa del señor Molineux, el propietario, y puedo asegurarte que mañana tengo yo más asuntos que un ministro.

—Con tus proyectos me has trastornado de tal modo la cabeza, que no sé lo que me digo. Duerme Birotteau—le dijo Constanza.

—Buenos días—respondió el marido.—Mira, Mimí, te digo «buenos días» porque está amaneciendo. ¡Ah! ya está durmiendo la pobrecilla. No temas, porque has de ser riquísima, ó he de perder el nombre que llevo.

Pocos momentos después, Constanza y César roncaban apaciblemente.

Una rápida ojeada dirigida á la vida anterior de este hogar confirmará las ideas que debe sugerir el amistoso altercado de los dos principales personajes de esta escena. Por otra parte, describiendo las costumbres de los vendedores al por menor, explicaremos también las singulares

casualidades que contribuyeron á que César Birotteau fuese teniente alcalde y perfumista, antiguo oficial de la guardia nacional y caballero de la Legión de honor. Esclareciendo la profundidad de su carácter y los resortes de su grandeza, se podrá comprender cómo los accidentes comerciales, que són una fortuna para las cabezas privilegiadas, se convierten en irreparables catástrofes para los espíritus mezquinos. Los acontecimientos no son nunca absolutos y sus resultados dependen por completo de los individuos. La desgracia es un estribo para el genio, una piscina para el cristiano, un tesoro para el hombre hábil y un abismo para los débiles.

Un colono de los alrededores de Chinón llamado Jacobo Birotteau se casó con la camarera de la dama en cuya finca trabajaba, tuvo tres hijos, su mujer murió del parto del último y el pobre hombre no sobrevivió mucho tiempo á su esposa. El ama sentía cariño por su camarera, hizo educar con sus hijos al mayor de los tres del colono, llamado Francisco, y lo colocó en un seminario. Una vez ordenado cura, Francisco Birotteau anduvo escondido durante la Revolución é hizo la vida errante de los curas no juramentados, acorralados como bestias feroces y por lo menos guillotinos. En el momento en que comienza esta historia, el cura era vicario de la catedral de Tours, y sólo una vez había salido de esta villa para ir á ver á su hermano César. El movimiento de París aturdió de tal modo al buen sacerdote, que no se atrevió á salir de su cuarto, y después de una semana de permanencia, volvió á Tours, prometiéndose no ir nunca más á la capital.

Al segundo hijo del viñador Birotteau le dió por la milicia, y no tardó en alcanzar el grado de capitán durante las primeras guerras de la Revolución. En la batalla de la Trebia, Macdonald pidió hombres de buena voluntad para llevar una batería: el capitán Birotteau avanzó con su compañía y fué muerto. El destino de los Birotteau sin duda les llamaba á ser oprimidos por los hombres ó por los acontecimientos donde quiera que se hallasen.

El último hijo es el héroe de esta escena. A la edad de catorce años, cuando César supo leer, escribir y contar,

abandonó su tierra y se fué á París á buscar fortuna con un luis en el bolsillo. La recomendación de un boticario de Tours le dió entrada en calidad de mozo en casa de los señores Ragón, perfumistas. César poseía entonces un par de zapatos herrados, un calzón y medias azules, un chaleco con flores, una chaqueta de aldeano, tres camisas de gruesa tela y su garrote de marcha. Si sus cabellos estaban cortados á estilo de monaguillo, poseía las sólidas espaldas del turenés; si se dejaba llevar á veces de la pereza latente en el país, en cambio sentía gran deseo de hacer fortuna; y si carecía de talento y de instrucción, tenía en cambio una rectitud instintiva y sentimientos delicados que había heredado de su madre, criatura que, según decían en Tours, tenía un corazón de oro. César recibió la comida, seis francos de salario al mes y una mala cama en el granero, al lado de la cocinera; los dependientes que le enseñaron á embalar, á hacer los encargos y á barrer el almacén y la calle, se burlaban de él al mismo tiempo que le iban instruyendo, y los señores Ragón le trataban como si fuese un perro. Aunque por la noche le hiciesen un daño horrible los pies y sus hombros estuviesen deshechos, nadie tenía en cuenta el cansancio del aprendiz. Esta ruda aplicación del egoísmo, que es el evangelio de todas las capitales, contribuyó á que César encontrase muy dura la vida de París. Por la noche lloraba pensando en Turena, donde el aldeano trabaja á su antojo, donde el albañil coloca la piedra en doce tiempos y donde la pereza alterna sabiamente con la labor; pero se dormía sin tener tiempo para pensar en huir, pues tenía que hacer encargos por la mañana y obedecía á su deber con el instinto de un perro guardián. Si por casualidad se quejaba, el primer dependiente se sonreía y le decía con aire jovial:

—¡Ah! amigo mío, no todo son rosas en *La Reina de las Rosas*, y no creas que aquí caen las perdices asadas; primero hay que perseguirlas, después cogerlas, y luego hay que tener con qué aderezarlas.

La cocinera, que era una mujer gruesa oriunda de Picardía, comíase las mejores tajadas y sólo le dirigía la palabra á César para quejarse de los señores Ragón, que no le deja-

ban robar nada. A fines del primer mes, un domingo en que esta muchacha se vió obligada á guardar la casa, entabló conversación con César. Úrsula, endomingada, pareció encantadora al pobre muchacho, que iba á tropezar en el primer escollo oculto de su carrera. Como todos los seres desprovistos de protección, César amó á la primera mujer que le dirigió una palabra amable. La cocinera tomó á César bajo su protección, siguiéndose de aquí secretos amores que fueron objeto de implacable burla por parte de los demás dependientes. Afortunadamente para César, dos años después la cocinera lo abandonó por un desertor de su tierra escondido en París, joven de veinte años que poseía algunas fanegas de tierra y que consintió en casarse con Úrsula.

Durante aquellos dos años, la cocinera había alimentado bien á su pequeño César, le había explicado algunos misterios de la vida parisiense haciéndosela examinar por abajo, y, por celos, le había inculcado un profundo horror por los lugares que podían ofrecer peligro. En 1792, los pies de César, abandonado, se habían acostumbrado al pavimento, sus hombros á las cajas, y su espíritu á lo que él llamaba los *embustes* de París: así es que cuando Úrsula le abandonó, no tardó en consolarse, pues aquella mujer no había realizado ninguna de sus ideas instintivas acerca de los sentimientos. Lasciva y grosera, zalamera y ladrona, egoísta y borracha, hería el candor de Birotteau sin ofrecerle ninguna rica perspectiva. Á veces el pobre muchacho veía con dolor que estaba unido, mediante los lazos más fuertes para los corazones sencillos, á una criatura con la cual no simpatizaba. En el momento en que quedó dueño de su corazón, César había crecido y alcanzado la edad de diez y seis años. Su inteligencia, desarrollada por Úrsula y por las bromas de los dependientes, contribuyó á que estudiase el comercio de un modo que ocultaba el saber bajo la capa de la sencillez. Observó á los parroquianos, pidió explicaciones en momentos perdidos acerca de las mercancías, llegó un día en que conoció el precio de los artículos mejor que los recién llegados, y desde entonces los señores Ragón se acostumbraron á emplearle.